

Benedetta Craveri

La cultura de la conversación

Traducción del italiano de
César Palma

El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela

Índice

La cultura de la conversación

Preámbulo	13
I. Una manera de vivir	21
II. Las hijas de Eva	31
III. La Estancia Azul	53
IV. Vincent Voiture, o el <i>âme du rond</i>	71
V. <i>La Guirlande de Julie</i>	91
VI. Madame de Longueville: una metamorfosis ejemplar	99
VII. La duquesa de Montbazon y el reformador de la Trapa	117
VIII. La marquesa de Sablé: el salón en el convento	127
Las «fundadoras del jansenismo»	127
La amistad como pasión	140
A la sombra de Port-Royal	148
El juego de las máximas	159

IX. La Gran Mademoiselle	171
La heroína de la Fronda	171
La prueba del exilio	179
El juego de los retratos	194
X. Madame de Sévigné y Madame de La Fayette: una larga amistad	213
XI. Madame de La Sablière: lo absoluto del sentimiento	267
XII. Madame de Maintenon y Ninon de Lenclos: la importancia de la reputación	277
XIII. <i>L'esprit de société</i>	289
El carácter de la nación	289
La corte como teatro	302
El desquite de París	316
XIV. La marquesa de Lambert: el ideal de la <i>honnête femme</i>	325
XV. Madame de Tencin: la aventurera de la Ilustración	339
XVI. Bajo el signo de la emulación	359
XVII. La cultura de la conversación	405
El placer de la palabra	405
Los engaños de la palabra	419
El poder de la palabra	425
Notas	443
Bibliografía	479
Índice onomástico	571

La cultura de la conversación

Para Benoît

Preámbulo

Este libro cuenta la historia de un ideal, el último en el que la nobleza francesa del Antiguo Régimen se reconocerá enteramente, el último que le permitirá erigirse una vez más como emblema y modelo de toda la nación. Un ideal de sociabilidad bajo el signo de la elegancia y de la cortesía, que contraponía a la lógica de la fuerza y a la brutalidad de los instintos un arte de reunirse basado en la seducción y en el placer recíprocos.

En las primeras décadas del siglo XVII, la élite nobiliaria descubre la existencia de un territorio hasta entonces inexplorado, equidistante de la corte y de la Iglesia, establece sus límites y lo dota de leyes autónomas y de un código de conducta significado por el riguroso culto a las formas. Carente aún de nombre, se le confiere simplemente el apelativo de *monde*: en poco tiempo, en efecto, el término no indicará tan sólo la esfera humana por contraposición a la divina, el lugar del exilio y el pecado donde todo parecía conducir a la pérdida del alma, sino que evocará una realidad social delimitada, en la cual una pequeña agrupación de privilegiados se afianza en un proyecto ético y estético estrictamente laico para cuya realización no se necesitan preceptos teológicos. Así, mientras en el siglo XVII no son pocos los integrantes del *monde* que, a través de metamorfosis ejemplares, renuncian a ese ideal demasiado terrenal por la llamada de Dios, en el siglo siguiente el hombre, una vez liberado de la inquietud religiosa, se entrega confiado a su vocación puramente mundana.

De este proyecto, de su elaboración y su cumplimiento, desde la época del hotel de Rambouillet hasta la Revolución francesa, es del que me he propuesto seguir aquí los motivos inspiradores y los elementos constitutivos.

¿Por qué, sin embargo, detenerse en 1789 y circunscribir a un periodo histórico concluido un modelo de sociabilidad eminentemente moderno y destinado a sobrevivir, aunque a través de mil metamorfosis, a la sociedad que lo había ideado? Pues porque sólo la sociedad aristocrática del Antiguo Régimen, recluida en un esplén-

dido ocio y sin más preocupaciones que la de enaltecerse a sí misma, podía hacer de la vida mundana un arte inimitable y un fin en sí mismo. Al poner fin a los privilegios de la nobleza, la Revolución establece, efectivamente, un punto de no retorno.

Sin duda, no es casual que la idea de una historia de la sociedad mundana se remonte precisamente a la época de la Restauración y que sea un ex revolucionario arrepentido, el conde Pierre-Louis de Roederer, quien en 1835 publique las *Mémoires pour servir à l'histoire de la société polie en France*, la primera obra estrictamente histórica sobre el tema. Desde entonces, historiadores, estudiosos y eruditos no han dejado de indagar sobre aquel mundo desaparecido, haciendo hincapié en el enfoque biográfico, en la técnica del retrato, en el anecdotismo, en lo novelesco, y fijando casi siempre la atención en la importancia de la vida de salón y en el poder que en éste ejercían las mujeres. Por otra parte, en el transcurso del siglo XX, los estudiosos de la lengua, la literatura y la cultura del Antiguo Régimen han terminado siempre por incidir más, desde sus distintas perspectivas de investigación, en el complejo juego de influencias que se entrelazan muy pronto entre *savants* y mundanos, empezando por la aportación de éstos al nacimiento del francés moderno, al desarrollo de nuevas formas literarias, a la definición del gusto.

¿Qué me ha animado, pues, a volver a un terreno ya explorado por críticos ilustres, por universitarios muy versados, por divulgadores muchas veces fascinantes? Ante todo, la constatación de la existencia de una línea divisoria del todo artificial entre el siglo XVII y el siglo XVIII. En el ámbito de los estudios, cada uno de estos siglos cuenta con sus propios especialistas, usualmente poco propensos a aventurarse fuera de las áreas específicas de su competencia. Además, en el plano más general de la historia de las ideas o, más sencillamente, de la historia de las costumbres o del gusto, los siglos XVII y XVIII proponen dos visiones tan distintas del mundo que a menudo inducen, más allá de los flujos y reflujos de la moda, a tomar posturas claras y muy personales.

En efecto, ¿cómo no reconocer que, a pesar de la estabilidad de las instituciones del Antiguo Régimen, en el tránsito del siglo XVII al XVIII casi todo parece diferente? Lo que cambia es, ante todo, la percepción que el hombre tiene de sí mismo, su modo de pensar, su sensibilidad, su moral, su idea de la felicidad, además de su concepción de la sociedad en que vive.

Sin embargo, si observamos los dos siglos desde el punto de vis-

ta de la cultura mundana, es imposible no percibir que en esta óptica cualquier forma de cesura resulta engañosa. En el acontecer de las generaciones que, una tras otra, se asoman al candelero de la vida de sociedad, lo primero que llama nuestra atención es, en efecto, la fuerza de la tradición y la continuidad del estilo. Ávido de saber y cada vez más omnívoro, el diletantismo mundano, con el avance de la Ilustración, tenía a gala formar parte de la vanguardia de lo nuevo, pero no por ello dejaba de obedecer al código formal de los buenos modales y de cultivar el antiguo ideal de perfección estética. No se trataba sólo de refinar el arte de su propia escenificación, arte que constituía el rasgo distintivo de la identidad nobiliaria, sino de guardar el recuerdo tenaz de un sueño utópico que se adaptaba perfectamente a un siglo de utopías y que, a pesar de sus muchos fracasos, se resistía a morir.

Era la utopía de otro lugar feliz, de una isla afortunada, de una arcadia inocente donde olvidar los dramas de la existencia, donde albergar la ilusión de la propia perfección moral y estética, donde corregir las fealdades de la vida y remodelar la realidad a la luz del arte. A principios del siglo XVII, Honoré d'Urfé la ilustró en la *Astrée*, la novela más apreciada por la nobleza francesa, y Madame de Rambouillet intentó plasmarla en su casa, convirtiendo ésta en el modelo arquetípico de la sociabilidad aristocrática. Pero las virtudes de las apariencias no podían justificar siempre el orgullo, el odio, la envidia, la violencia: entre un cumplido y otro se seguía matando en duelo por un simple desquite, raptando muchachas peligrosamente hermosas o ricas, traicionando, calumniando, ofendiendo. Muchas veces la cortesía no era más que una simple ficción, la elegancia de los modales una mera impostura. Y sin embargo, si moralistas, novelistas, autores de teatro y hasta los propios mundanos se empeñaban en arrancar las máscaras y en denunciar el carácter irrisorio de la comedia social, ello no hacía más que demostrar la permanencia de un auténtico ideal de perfección. Por lo demás, desde el principio la nostalgia del pasado había acompañado el nacimiento del mito mundano. Todavía en el siglo XVII, en la estigmatización de la sociedad de su tiempo, el antimundano La Bruyère evocaba con infinita añoranza las charlas irrepetibles, agudas y brillantes que se tenían en el hotel de Rambouillet. Asimismo, ya con la Revolución en ciernes –los años en que *la douceur de vivre* alcanzará su culmen–, el muy mundano Talleyrand volverá con el pensamiento a las conversaciones sublimes, y perdidas para siempre, que habían sostenido Madame de

La Fayette, Madame de Sévigné y el duque de La Rochefoucauld.

A mi propósito de reconstruir la historia del *esprit de société* en términos de larga duración se ha sumado el deseo de contarla con un corte narrativo y un lenguaje no académico, no sólo porque me parecía la forma más adecuada al tema que pretendía tratar, sino además porque albergaba la esperanza de recuperar el eco de ese «estilo medio» en el que a los lectores de la época les gustaba reconocerse. En cambio, he confiado a la Nota bibliográfica la tarea de testimoniar mi enorme deuda con el mundo de la investigación. Si he conseguido reflejar con precisión la variedad de facetas de la cultura y las numerosas vertientes hacia las cuales ésta conduce, se debe sin duda a la riqueza y a la calidad de los estudios que han aparecido en las últimas décadas.

Reconstruir los rasgos de un ideal colectivo de vida, que se prolonga durante un periodo de casi dos siglos, exigía la elección de un camino y de un método, siendo precisamente el elevado grado de conciencia de sus propios intérpretes lo que me sugirió la pista.

Es probable que ninguna sociedad haya reflexionado tanto sobre sí misma, sobre su propia identidad y sobre la manera de representarse como la que me propongo evocar. Así, me ha parecido natural contarla desde dentro, a través de sus textos fundadores, confiándome a la guía de algunas de sus figuras femeninas más emblemáticas, cediéndoles, allí donde era posible, la palabra, recurriendo a menudo a la de los contemporáneos y deteniéndome asimismo en algunos de los grandes temas –la condición femenina, el *esprit de société*, la conversación– por medio de los cuales la cultura mundana cobraba conciencia de sí misma.

Pero ¿por qué –se nos puede también preguntar– destacar una vez más las figuras de las mujeres, de no pocas de las cuales ya existen retratos estupendos, y que son hoy, gracias a la historiografía feminista, objeto de un número creciente de estudios? ¿Acaso en el plano de las costumbres y del estilo aristocrático el Gran Condé ha de ser considerado menos representativo que Madame de Longueville, o La Rochefoucauld que Madame de La Fayette, Bussy-Rabutin que Madame de Sévigné y Saint-Évremond que Ninon de Lenclos? Por supuesto que no, pero resulta difícil no tener en cuenta un dato fáctico: como ya pudieron constatar los observadores de la época, en la sociedad mundana del Antiguo Régimen eran las mujeres, y no los hombres, quienes legislaban y establecían las reglas del juego. Además, es imprescindible recordar que la sociedad no-

biliaria francesa será un fenómeno único en Europa gracias precisamente al elevado grado de compenetración entre los dos sexos, así como a la presencia de los literatos y a la centralización de la vida mundana en París y en Versalles.

Cada uno de los personajes femeninos representados aquí se mide con un modelo de comportamiento ideal y lo interpreta adaptándolo a sus ambiciones, a sus intereses, al círculo de sus frequentadores, a sus aspiraciones más profundas. De ese modo, corrobora su importancia y centralidad en la vida de la época y lo transmite a la generación siguiente enriquecido con su contribución personal. Así, la duquesa de Longueville encarnará, de manera igualmente ejemplar, las dos figuras opuestas de la seducción mundana y de la renuncia al mundo; la marquesa de Sablé se iniciará en la colaboración que se instaura entre mundanidad y literatura; Mademoiselle de Montpensier cultivará la gama completa de los *loisirs* nobiliarios; la marquesa de Sévigné ilustrará, así en la vida como en las cartas, la fuerza irresistible del *enjouement*, la alegría eufórica tan esencial para el éxito en sociedad; Madame de Lambert y Madame de Tencin dirigirán un nuevo tipo de conversación intelectual y prepararán a los representantes del mundo elegante para el debate de la Ilustración.

Pero existe quizá una razón más profunda y secreta que me ha llevado a ocuparme de esta historia remota, una historia que tiene ya casi el sabor de la leyenda: me refiero a la conciencia del hecho de que, a pesar de la infinita distancia que nos separa de aquel mundo desaparecido, nunca ha dejado de ejercer sobre nosotros una atracción irresistible.

Allí es donde el hombre moderno, provisto de una ciencia psicológica muy sólida, hizo de la sociabilidad un arte que alcanzó el más elevado grado de perfección estética; allí es donde nació la idea de una élite basada en el principio de cooptación entre hombres y mujeres que pretendían ser iguales y que se elegían sobre la base de las afinidades recíprocas. Y en una época como la nuestra, donde modelos de comportamiento postizos, fijados desde fuera, se suceden a ritmo imparable, rayanos muchas veces en la caricatura, resulta difícil no admirar la soberana naturalidad de aquellos mundanos, que con un perfecto dominio de los gestos y de las palabras interpretaban el único modelo que se habían dado y en el que se reconocían. ¿Cómo, además, no comparar con melancolía nuestra concepción apremiante y prefabricada del «tiempo libre» con una cultura del

loisir donde el arte, la literatura, la música, la danza, el teatro y la conversación constituían una escuela permanente del cuerpo y el espíritu?

Ahora bien, es por el arte por excelencia de aquella sociedad, el arte de la conversación, por el que hoy, como en su día les ocurriera a La Bruyère y a Talleyrand, sentimos más admiración y añoranza.

Nacida como un puro entretenimiento, como un juego destinado a la distracción y al placer recíproco, la conversación obedecía a leyes severas que garantizaban la armonía en un plano de perfecta igualdad. Eran leyes de claridad, de mesura, de elegancia, de respeto por el amor propio ajeno. El talento para escuchar era más apreciado que el talento para hablar, y una exquisita cortesía frenaba la vehemencia e impedía el enfrentamiento verbal.

Elevada pronto al estatus de rito central de la sociabilidad mundana, alimentada de literatura, curiosa de todo, la conversación se fue abriendo progresivamente a la introspección, a la historia, a la reflexión filosófica y científica, a la evaluación de las ideas. Y dado que Francia no estaba dotada de un sistema representativo ni de un espacio institucional donde la sociedad civil pudiese manifestar sus opiniones, la conversación mundana se convirtió en un lugar de debate intelectual y político, en la única ágora a disposición de la sociedad civil. Durante la Revolución, los representantes de la nobleza que se sentaban en los bancos de la Asamblea Constituyente se siguieron distinguiendo por su tono sosegado y por su capacidad de mediación, una capacidad que había hecho célebre a la diplomacia francesa del Antiguo Régimen.

Este ideal de conversación, que sabe conjugar la ligereza con la profundidad, la elegancia con el placer, la búsqueda de la verdad con la tolerancia y con el respeto de la opinión ajena, no ha dejado de atraernos nunca; y cuanto más nos aleja de él la realidad, más sentimos su falta. Ha dejado de ser el ideal de toda una sociedad, se ha convertido en un «lugar del recuerdo», y no hay rito propiciatorio que nos lo pueda devolver en condiciones favorables; lleva una vida clandestina y es prerrogativa de muy pocos. Aun así, no es imposible que un día vuelva a darnos la felicidad.

El lector advertirá enseguida que abundan en el texto palabras no traducidas o cuya traducción –necesariamente aproximada– quizá genere equívocos. El término «mundano» no implicaba en absoluto, como puede ocurrir hoy, un juicio negativo. Por otra parte, para indicar el lugar de encuentro canónico de la vida de sociedad

hemos de recurrir a la palabra «salón», un término anacrónico, que sólo entrará en uso a finales del siglo XVIII. En el francés del Antiguo Régimen, aparte del genérico «casa» o del muy específico *ruelle* (el espacio entre la cama y la pared puesto de moda por las Preciosas, que recibían en sus habitaciones), no hay un vocablo que designe el lugar de recepción, y se alude sólo a las personas que pueden formar un *cercle*, una *assemblée*, una *société*, una *compagnie*. Lamentablemente, ninguno de estos términos (con la salvedad, en algunos casos, de *cercle*) se presta a una traducción que no sea ambigua.

Otro anacronismo que, por una simple exigencia de variedad, he empleado bastante es el término «aristocracia», acuñado con ánimo despectivo en la época de la Revolución. En el Antiguo Régimen, la única palabra que existía para denominar a los representantes del Segundo Estado era la de «nobleza».

Asimismo, me he resignado a dejar en francés algunos vocablos imposibles de traducir. El primer caso es el que atañe al campo semántico de la *honnêteté*. Palabra clave de la cultura del siglo XVII, suele tener, como los lectores podrán comprobar, una doble acepción, ética y estética, pero el peso de cada uno de sus significados varía enormemente en función de los casos. Traducirla por «honestidad» (y, según el contexto, por «hombre honesto») habría supuesto desplazar el acento sobre la connotación moral, desvirtuando su sentido. Lo mismo se puede decir, y aún con mayor motivo, de *galanterie* y de *galant homme*.

Un problema no menos difícil es el que presenta *esprit*, palabra que abarca una gama de significados muy amplia, que va de la dimensión espiritual a la intelectual y especulativa, pasando por la lúdica y brillante. La serie de adjetivos que por regla general acompañan a la palabra, determinando en cada ocasión su sentido, no facilitan la tarea del traductor. Cuando me ha sido posible, y según el contexto, he traducido *esprit* por «mente», «inteligencia», «ingenio», aunque en muchos casos me ha parecido más oportuno atenerme al término francés, limitándome a especificar sus distintos significados.

Igual de difícil resulta traducir *politesse* y *bienséances*: la palabra *politesse* podría traducirse por «cortesía», pero ello supondría omitir el hecho de que *politesse* se ha incorporado a la norma precisamente como alternativa al antiguo *courtoisie*, con toda una nueva gama de matices; *bienséances* podría, a su vez, traducirse por «buenos modales», pero esta expresión no evoca con la misma claridad que el término francés el complejo acto cognoscitivo que conllevaba su apli-

cación. Asimismo, he conservado casi siempre en francés el término *raillerie*, que puede significar «burla», «broma», «tomadura de pelo» cordial, «sátira», y *enjouement*, la *eutrapelía* de los antiguos, que designa un concentrado de brío, de vivacidad, de alegría. En cualquier caso, la explicación del significado de las palabras que se mantienen en francés podrá encontrarla el lector en la Nota bibliográfica.

Este libro, cuyo hilo conductor es la conversación, debe mucho a conversaciones, a intercambios de opiniones, a sugerencias de amigos. La propia idea del libro es fruto de una invitación que me hizo en 1987 Eugenio Scalfari para que escribiese para *La Repubblica* una serie de artículos sobre los salones del Antiguo Régimen y de la propuesta de Roberto Calasso de reunirlos en un *instant book* provisto de una pequeña antología de textos. Pues bien, pese a que el *instant book* ha necesitado al final más de quince años para completarse –y en el camino sus páginas se han multiplicado–, mi editor no ha cambiado de parecer y, con la colaboración prestada por Ena Marchi y Pia Cigala Fulgosi, ha hecho posible que *La cultura de la conversación* goce de un *editing* de un rigor y una competencia enormes.

En todos estos años ha sido para mí de suma importancia el diálogo ininterrumpido con mis amigos especialistas en el siglo XVII: Marc Fumaroli, cuya obra ha constituido un punto de referencia constante para mi investigación, y Benedetta Papàsogli, Barbara Piqué y Louis van Delft, que leían y discutían lo que iba escribiendo, prodigándome consejos muy valiosos. Pero Giuseppe Galasso y Bernard Minoret son probablemente las personas cuya paciencia y cuya amistad he sometido a más dura prueba: sobre ambos recayó la ardua tarea de leer el manuscrito y, por prurito de rigor, dedicaron largo tiempo a una serie interminable de verificaciones históricas, dinásticas, genealógicas. La amabilidad de Robert Silvers me ha permitido además aprovechar la organización de la *New York Review of Books* y obtener con la mayor facilidad libros y artículos relacionados con mi investigación. Asimismo, a Francesco Scaglione he de agradecerle su inestimable ayuda en la labor de cotejo de los textos citados de la Biblioteca Nacional de París, y a Gaetano Lettieri las instructivas aclaraciones del debate jansenista sobre la interpretación agustiniana de la gracia.

A todos estos amigos quisiera manifestarles aquí, de todo corazón, mi más sincera gratitud.